

Svetlana Obolenskaya

Kamó

La vida de un verdadero revolucionario



ediciones
mnemosyne

SVETLANA OBOLENSKAYA

KAMÓ

LA VIDA DE UN VERDADERO REVOLUCIONARIO



Colección VIDAS REVOLUCIONARIAS, n.º 1

0ª Edición, agosto de 2022

Imagen de la portada: foto de Kamó del archivo penal de la
policía rusa (1909).



De la cubierta y la edición, Ediciones Mnemosyne.
Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difun-
dido libremente mientras se den los créditos apropiados y
sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es

быть на немъ въ порядкѣ, не допуская слимъ.
воротнич. и т. п. умышленной небрежности.

не
въ

Фотографія въ 1/2 натур. величины.

№ 101



а-

I INFANCIA Y ADOLESCENCIA

Kamó, Simón Arshaki Ter-Petrosian, nació el 15 de mayo de 1882, en la ciudad de Gori, provincia de Tiflis. Su padre fue un acaudalado contratista.

Su madre era mucho más joven que su padre; apenas había cumplido los dieciséis años cuando nació Kamó.

Cuando el chico tenía once años lo llevaron a la escuela de la ciudad, donde se impartía la enseñanza en ruso, idioma extraño y completamente desconocido para el niño.

Esta circunstancia, así como el riguroso régimen escolar y la enseñanza mecánica y árida, alejaron del estudio a Kamó, capaz y aplicado, sin embargo.

Como su inteligencia viva y observadora no quedaba satisfecha en la escuela, se orientó hacia las pequeñas cosas prácticas. Senko [diminutivo de Simón] reemplazaba en su casa al carpintero y al cerrajero. Inventó y fabricó un magnífico molinillo de mano, construyó nuevos gallineros, desvió los desagües de lluvia en el patio y arreglaba e inventaba otras muchas cosas el ingenioso Senko, en los intervalos entre los juegos ruidosos y las osadas incursiones en las huertas vecinas.

A los catorce años fue expulsado de la escuela a instancias del pope por su mala conducta y su audaz ateísmo. Su mala conducta consistía en complacerse en hacerle al pope preguntas embarazosas. Una vez, por ejemplo, le preguntó si Jesucristo había efectivamente existido y descendido a la tierra después de su muerte. Bajo el régimen autocrático zarista esta pregunta bastaba para perder el derecho a asistir a la escuela.

Su familia quería y mimaba mucho a Senko; pero el padre le consideraba un vago inútil y le molestaban especialmente las inclinaciones democráticas del niño en la elección de sus amigos.

Senko correspondía a su padre con la misma frialdad. No podía perdonarle su mezquina actitud con su madre, su avaricia con la familia y los parientes pobres, mientras que no escatimaba el dinero para las invitaciones a los huéspedes «prominentes».

Por defender a su madre Senko reñía frecuentemente con su padre, el cual, indignado por el carácter desenfrenado e independiente del hijo, solía decir: «Pero ¿quién es aquí el amo, ese tigrecillo o yo?». Un día el padre decidió dar una lección a su indócil hijo, pero Senko cogió un hacha y le hizo comprender que no se podía esperar sumisión de su parte.

Senko amaba hondamente a su madre y ella le correspondía con un amor ilimitado. El niño procuraba hacer más luminosa la lúgubre existencia de su madre, ayudándola en todos sus trabajos. Durante la larga enfermedad que llevó a la tumba a su madre dio pruebas de un desvelo conmovedor. El padre estaba entonces arruinado, la familia pasaba privaciones y Senko se desesperaba a veces por no poder conseguir las medicinas para la enferma o los alimentos necesarios.

A la muerte de su madre Kamó y sus hermanos se fueron a vivir a Tiflis, a casa de una tía.

II

EL TRABAJO DE PARTIDO

Senko había ya estado otras veces en Tiflis, pasando largas temporadas en casa de su tía.

En Tiflis cayó bajo la influencia de sus paisanos de Gori, Dzhugashvili (Stalin) y Vardanyan, que le iniciaron en los principios del marxismo revolucionario y comenzaron a atraerle hacia los trabajos del Partido. El camarada Chadroshvili recuerda que en 1897 su amigo Zacro le presentó en su taller a un joven de dieciséis o diecisiete años:

—Aquí tienes, hermano, un camarada más, lleno de energía.

En su conversación con Chadroshvili, Kamó habló con entusiasmo de sus deseos de trabajar en el Partido. Y cuando le indicaron los peligros que amenazan a un revolucionario, contestó:

—Mientras tenga la cabeza en su sitio, no me acobardaré.

Aquel mismo día comenzó a ocuparse de llevar literatura a los alrededores de Tiflis: a Najalovka y Naulazadivi, distritos revolucionarios de la región.

Al principio, Senko realizó varias pequeñas misiones, desplegando una gran osadía y habilidad. Enseguida estuvo en condiciones de desempeñar trabajos más complicados e importantes.

En 1904 trabajó en el transporte de la literatura ilegal para el Comité Bolchevique del P.O.S.D. [Partido Obrero Socialdemócrata] del Cáucaso y participó en la organización de imprentas clandestinas. En esta época fue cuando comenzó a ser llamado, por sus amigos, camarada Kamó. En la escuela no aprendió a pronunciar correctamente las palabras rusas y sus camaradas se burlaban frecuente y amistosamente de su bárbara pronunciación.

Una vez preguntó: «*Kamo otnesti?*», en vez de «*Kamu otnesti?*» (¿A quién hay que entregarlo?).

—¡Tú sí que estás hecho un buen *kamó*! —respondió riendo Stalin.

Desde entonces fue conocido por el sobrenombre de Kamó. Muchos camaradas que trabajaron con él en el Cáucaso, en Petersburgo y en el extranjero, no le conocieron más que por este nombre.

A veces le indicaban a Kamó las difíciles condiciones materiales en que vivían su tía y sus hermanas, y de las cuales no parecía ocuparse mucho. Respondía siempre:

—Hay decenas y millares de muchachas proletarias a quienes el hambre echa al arroyo. ¿Es que mis hermanas son mejores que las demás? ¡Es este malvado régimen el que debe ser destruido!

En el transporte de literatura y de tipos de imprenta, Kamó empleaba procedimientos extraordinariamente ingeniosos. Usaba disfraces tan hábiles que burlaba fácilmente la vigilancia

de la policía y de los confidentes, y escapaba incluso al reconocimiento de sus propios amigos.

He aquí, por ejemplo, un vendedor ambulante que corre. En su cabeza se balancea una canasta de legumbres. Se abre camino a empujones entre el gentío abigarrado y ruidoso del mercado georgiano. Gritos, maldiciones, groseras bromas acompañan su camino.

Pero nuestro *kinto* (vendedor ambulante) tiene lista una réplica para cada broma. Con aire imperturbable pasa atareado entre soplones y policías. Kamó pasa así su literatura y sus tipos, corriendo venturosamente cada riesgo.

En otra ocasión, un atildado joven estudiante de ingeniero, resplandeciente con su nuevo uniforme, entra en un vagón de ferrocarril de segunda clase. Señoras y señoritas miran interesadas a su atractivo compañero de viaje y se estrechan para dejarle sitio. El tiempo pasa rápidamente en amena y trivial conversación. Ya llegan. Kamó estrecha las manos de todos y se va con su maleta llena de literatura ante los ojos de los gendarmes, que sonríen afablemente a su paso.

Ha aprendido a disfrazarse tan bien que no le reconocen ni sus amigos cuando le encuentran.

Un día, en verano, en un tren que vuelve a la ciudad lleno de gente, se ve montar en un coche de segunda a un campesino pobremente vestido, portador de una enorme cesta llena de huevos. Las señoras lanzan un grito de horror:

—¡Oh, qué hombre tan sucio! ¿Cómo se atreve a montar aquí? ¡Interventor, interventor, échele de aquí!

—¡Dios mío! ¿Van ustedes a echar a un pobre hombre! En tercera van como sardinas, me van a aplastar los huevos y no tendré nada que vender...

Luego de largas discusiones, el interventor permite bondadosamente que la cesta de huevos vaya en la plataforma y Kamó (pues claro que se trata de él), no reconocido por sus amigos que se hallaban en el mismo coche y que se pusieron de su parte, hizo llegar los «huevos», sin dificultad, a su destino.

En su calidad de conspirador experimentado, Kamó goza de la plena confianza de sus camaradas. Se le consulta, se le informa de las acciones más secretas. Kamó es el único camarada a

quien Barón (Bibinieshvili) dio a conocer la dirección del gran depósito de literatura ilegal del Comité del Partido en Kutaisi. Este depósito fue organizado por el camarada Barón en una fábrica de limonada y la policía no llegó a descubrirlo en todo el tiempo de su existencia.

Pero Kamó no siempre se deja absorber por el trabajo secreto. A veces sale por un breve lapso de tiempo de la vida subterránea y participa en el movimiento organizado públicamente.

El 27 de abril de 1903 se le ve en la manifestación del Primero de Mayo en Tiflis. El sindicato obrero socialdemócrata del Cáucaso decidió que la manifestación del Primero de Mayo se hiciese en la misma fecha en Bakú, Tiflis y Batumi. Las manifestaciones, de un carácter combativo, se desarrollaron en medio de gran entusiasmo. Kamó andaba por la plaza en medio de las patrullas cosacas y decía con aire de desafío a sus camaradas:

—La próxima vez compraré unos cuantos cuervos, les ataré cintas rojas al cuello y cuando llegue el momento los echaré a volar. ¡A ver si entonces dispersan a esos manifestantes!

A mediodía, cuando hubo que izar la bandera roja, Kamó realizó lo que había prometido hacer y, a pesar del ataque de los cosacos, supo salvar la bandera y evitar hábilmente la detención.

Poco después toma una parte activa en el envío de delegados al segundo congreso del Partido.

Grande fue también su participación en la organización de imprentas clandestinas. El Boletín de la gendarmería le atribuyó la organización de once imprentas ilegales. Fue Kamó quien organizó la imprenta de Avlabari. Para eso, buscó en el barrio obrero de la ciudad una vieja casa con una cochera y un pozo en el patio.

Una «planchadora» (la revolucionaria Babé) viene a instalarse en la casa. Toma ropa, la lava y la seca en la cochera cuando llueve.

Pero, por la noche, en la pared del pozo, a algunos metros de profundidad, se abre una galería hasta la pieza donde quiere instalarse la imprenta. El trabajo de perforación, el hacer desaparecer la tierra, la organización de la ventilación, la instalación

de los puntales, todo esto es un trabajo difícil y peligroso; pero, por fin, el local está dispuesto.

La instalación de los «instrumentos de producción» necesita también muchos cuidados. Pero este obstáculo es vencido a su vez y la imprenta comienza a funcionar.

La «planchadora» revela una gran capacidad de trabajo; los cestos de «ropa» van y vienen continuamente. La patrona es alegre, comunicativa; hay siempre a su alrededor muchos jóvenes que encuentran cómodo el patio para jugar a la pelota. Las cosas están, pues, bien arregladas y la imprenta justifica las esperanzas que en ella se habían puesto.

Kamó toma también una parte activa en la organización de la imprenta ilegal de Kutaisi, que desempeñó un papel extraordinariamente importante en el movimiento revolucionario de la Georgia occidental en 1904-06. Esta imprenta fue instalada en la casa del agrónomo Vaso Goguiladze.

Goguiladze había colocado en una taberna un anuncio ofreciendo en alquiler una habitación. Al día siguiente, el camarada Valiko Lejava fue a pedir informes. Alquiló la habitación por cuatro rublos al mes, declaró llamarse André Nemsadze. Puesto inmediatamente a la obra, pronto se vio que no era bastante prudente y salía frecuentemente de la imprenta manchado de tinta, de polvo de plomo. Entonces se intentó hacerle cumplir las reglas de la acción clandestina.

Y, por fin, se decidió a trasladar la imprenta a un lugar más secreto.

Se abrió una fosa especial del lado oeste de la pared de la habitación. Detrás de ese muro había un pasillo de una longitud de tres metros y medio y cerca de un metro de ancho. Se tiró la pared del fondo de la alcoba, se hizo un sólido marco de madera y se sujetó a un madero de encina. El marco fue recubierto de ladrillos y cemento, se le pusieron dos cerraduras de resorte y dos pestillos de acero, de modo que la puerta cerraba herméticamente sin que en la alcoba se viese otra cosa que una pared blanqueada.

Se ató a los pestillos de la puerta un cordón inglés que pasaba por unas pequeñas poleas y cuyos extremos estaban disimulados en la otra pared del pasillo.

Cuando Valiko salía de la casa cerraba la puerta secreta. Para abrirla tenía que entrar en la cueva, encontrar el cordón a oscuras —le estaba prohibido encender cerillas— y tirar de él con fuerza.

Era difícil trabajar en este estrecho nicho donde se ahogaba uno, a pesar de lo cual se exigía a la imprenta un enorme rendimiento. Una simple máquina movida a brazo no podía hacer todo el trabajo, aunque se trabajasen veinticuatro horas diarias. Se decidió entonces instalar una «americana», que habría que traer de Tiflis. Era ésta una empresa muy arriesgada. Pero no parecía sino que Kamó había sido especialmente creado para asuntos de este género. Un buen día, con su destreza habitual, hizo llegar a su destino la «americana» tan impacientemente esperada.

Entonces se decidió construir, especialmente para esta nueva máquina, una cocina contigua a la casa, y bajo ella una vasta cueva derribando una pared del lado del pasillo, de manera que se ensanchase la «sala de máquinas».

Goguiladze supo arreglar tan hábilmente todo esto que los obreros que construían la cocina no tuvieron nunca la menor sospecha. En los detalles secretos de la construcción trabajaron exclusivamente Vaso y Valiko. En la nueva construcción se hizo una boca de aire para la ventilación. Aquí era donde más tarde se quemaba el papel inútil.

—No olvidaré jamás —decía Goguiladze— el rostro resplandeciente de Valiko, cuando vio que Kamó no lograba encontrar el camino para entrar en la imprenta. Valiko se regocijaba extraordinariamente, puesto que, si Kamó no había logrado descubrir la imprenta, con mayor razón fracasarían los gendarmes en su busca.

Valiko era un trabajador incansable. Por la noche ocupaba el puesto de Goguiladze. Uno de los trabajadores de la imprenta estaba siempre en su puesto, y cuando se veía venir a alguien, la «americana» se detenía a una señal convenida.

En esta imprenta fue donde se guardó por mucho tiempo el dinero confiscado a la tesorería de Kvareli. Más tarde estas sumas fueron trasladadas al extranjero para la compra de armas.

Pero la policía comenzaba a husmear la imprenta. Conocían su existencia muchos camaradas. Era peligroso dejarla donde estaba. Barón, miembro del Comité del Partido en Kutaisi, se hallaba entonces en la cárcel de esa ciudad. Él encargó a Vano Lomtadidze que arreglase este asunto.

Cuando Barón fue puesto en libertad halló en su casa la imprenta, que se había instalado en su propia habitación y que estaba en pleno trabajo. Se habían infringido las reglas más elementales de la acción ilegal, pero los camaradas tal vez no habían podido hallar otra salida. Habían pensado, sin duda, que como Barón estaba encarcelado, los gendarmes no vendrían a registrar su domicilio.

A fines de 1903, Kamó fue detenido en la estación de Batumi con una maleta llena de folletos ilegales.

Inmediatamente pensó en un plan de evasión. Pero pasaron nueve meses antes de que consiguiese escapar. Durante el paseo de los detenidos había observado, a una altura de tres metros, una piedra que sobrepasaba imperceptiblemente el muro de la prisión. Aprovechando un momento en que el centinela le volvió la espalda, Kamó tomó carrera, saltó como un gato sobre esta piedra, se levantó a fuerza de brazos hasta la altura del muro y saltó a tierra. Su ausencia no fue advertida hasta pasados unos minutos, pero a nadie se le ocurrió que el preso se había fugado por encima del muro. Mientras se le buscaba con toda calma en el patio, desapareció sin dejar huellas.

Una vez en libertad, Kamó se hundió de nuevo en el trabajo del Partido.

Estaba todavía en la cárcel cuando llegaron las primeras noticias de la escisión que se produjo en el segundo congreso, e inmediatamente se adhirió a los bolcheviques. Cuando estalló la lucha entre bolcheviques y mencheviques sobre la convocatoria del tercer congreso y los mencheviques hicieron excursiones para visitar las organizaciones y separarlas del Comité bolchevique del Cáucaso, Kamó se levantó enérgicamente contra su acción desorganizadora y funesta para el Partido.

En aquella época dirigía la imprenta ilegal del Comité de la ciudad de Tiflis; pero esta ciudad pasó a los mencheviques y

éstos quisieron apoderarse de la imprenta: Kamó les opuso una enérgica resistencia y la conservó para los bolcheviques.

En la época del rápido desenvolvimiento del impulso revolucionario general en el país, en 1904-1905, sobre todo después del 9 de enero y de las derrotas del zarismo en Manchuria, las olas del flujo revolucionario se precipitan, ascienden cada vez a mayor altura en Georgia. Gracias al carácter de masas del movimiento, las organizaciones revolucionarias trabajan en una atmósfera de simpatía general, lo que asegura el éxito incluso a las acciones más audaces, a las más temerarias.

La administración y la policía están de tal modo aterrorizadas que evitan todo problema con la población y casi cesan de existir como órganos de poder.

Los movimientos obrero y campesino se difunden como un impetuoso torrente y toda Georgia está en ebullición.

En el punto culminante de la revolución de 1905, varios distritos y regiones de Georgia instauran, por propia decisión, un *self-government* [autogobierno] revolucionario. Más tarde, en los años de reacción, se emprendieron persecuciones contra las repúblicas de Gori, de Senaki, de Kvareli, de Sochi, etc.

El «presidente» de cada una de ellas era un Comité del Partido, y el legislador, el pueblo revolucionario sublevado en favor de una radiante y nueva vida.

La más importante, la más original de todas estas repúblicas fue la de Gori, donde el movimiento revolucionario se apoderó de toda la población trabajadora. Aquí, la consciencia política, el grado de organización y la disciplina revolucionaria alcanzaron el más alto nivel.

Se decidió poner en el índice a las instituciones gubernamentales y a la Iglesia.

La población trabajadora vertía cotizaciones mensuales en especie. El dinero así recogido era empleado en la compra de armas. El pueblo revolucionario confiscaba las armas de los agentes de los antiguos poderes públicos, de las administraciones gubernamentales. En resumen, se armaban por todos los medios posibles. Un estado mayor revolucionario anexo al Comité del Partido de Gori dirigía el desarme de las autoridades caídas y el armamento del pueblo.

El tribunal de los funcionarios del zar fue reemplazado por jueces elegidos por el pueblo revolucionario y la administración del distrito por una nueva administración democrática. Para la administración de las escuelas se designó una oficina escolar.

Los campesinos se negaron a pagar los arrendamientos a los grandes terratenientes y éstos fueron boicoteados.

El pueblo revolucionario atacó implacablemente a los espías, a los provocadores y a los ladrones. El resultado fue que hubo en Gori un orden perfecto: ni robos, ni agresiones; los antagonismos nacionales se debilitaron, las relaciones mutuas de los diversos grupos nacionales de trabajadores tomaron un carácter de ayuda y de confianza mutuas.

Gori había conquistado tal libertad que los criminales políticos de Tiflis, de Kutaisi y de Batumi se dirigían allí en lugar de refugiarse en el extranjero. Allí estaban seguros.

En octubre de 1905 el movimiento revolucionario de las diferentes partes del imperio zarista se unió en un poderoso torrente; una huelga general política se apoderó de todo el país. El zar se vio obligado a ceder, a lanzar el manifiesto del 17 de octubre, que contenía la promesa de las libertades constitucionales. Pero, a pesar de esta promesa, al día siguiente mismo de la publicación de este manifiesto, el gobierno emprendió los pogromos de las bandas [centurias] negras y matanzas nacionales en el centro y localmente.

En el Cáucaso, el conde Vorontsov-Dashkov, gobernador general, se vio obligado a entregar a los obreros de Tiflis, con la fianza de dos líderes mencheviques, Isidoro Ramichvili y Silvestre Dzhibladze, seiscientos fusiles para impedir los pogromos y las matanzas nacionales que su propia policía había preparado, pero que amenazaban con exceder los límites que convenían a los intereses del gobierno.

Este gesto democrático del gobernador general le descartaba de la acusación de querer preparar pogromos, y, por otra parte, esto no comprometía a nada. Los viejos fusiles que se dio a los obreros no podían de ningún modo resistir a los fusiles de nuevo modelo ni a la artillería.

La reacción levanta la cabeza en Georgia y pasa poco a poco a la ofensiva. Es proclamado el estado de sitio en los ferrocarriles.

les de Transcaucasia, en Tiflis y en muchos otros lugares. Las autoridades de Tiflis exigen que los obreros se desarmen y devuelvan los fusiles que les han sido distribuidos.

Los trabajadores, dirigidos por un grupo bolchevique (Elia-va, Kamó y otros), se niegan y organizan la resistencia en Naja-lovka, barrio obrero de Tiflis.

El estado mayor revolucionario, compuesto de bolcheviques (Kamó entre ellos), pero del que formaban parte también los mencheviques, distribuyó las fuerzas previendo el ataque de tres lados; del cuarto lado había montañas y se pensó que por allí no podía venir el peligro.

Kamó se agitaba, trataba de demostrar que eso era un optimismo poco fundado y, finalmente, acompañado de algunos obreros, comenzó a trepar la montaña.

Los cosacos llegaron por ese lado. Los intrépidos revolucionarios les opusieron una resistencia furiosa; nueve de los hombres de este destacamento fueron heridos a sablazos y Kamó herido y arrestado.

Durante tres horas, ocho cosacos le infligieron toda clase de torturas, le destrozaron a culatazos, por dos veces le colgaron para hacerle decir dónde estaba el almacén de armas y los nombres de los miembros del estado mayor. En el intervalo entre las dos veces que le colgaron se obligó a Kamó a cavar su propia tumba. Como se le condujo casi desnudo y ensangrentado a través de las calles de Tiflis, los transeúntes se detenían, conmovidos y gritando de indignación.

Las cárceles estaban repletas por aquellos días. En todos los rincones de la ciudad se detenía sin más ni más a multitud de gente, se hacían listas interminables de nombres y apellidos cuyas desinencias [georgianas] eran incomprensibles para los funcionarios rusos.

Kamó tenía ya en su haber una larga actividad revolucionaria, una evasión de la cárcel de Batumi, y, en fin, su última acción, la participación en la batalla con los cosacos. Esto no hacía esperar nada bueno. Por eso se decidió aprovechar el desorden para hacerle cambiar de nombre, dándole el de una víctima fortuita del celo policíaco: el de Chanchiachvili, estudiante de la escuela de enfermeros.

En el interrogatorio, Chanchiachvili se negó a declarar, mientras que el pseudo Chanchiachvili desempeñó el papel de un mozo necio y charlatán. Cuando se le preguntaba si conocía a Kamó, respondía sonriendo:

—¿Cree usted que soy tan tonto como para no conocer a Kamó? Claro está que le conozco.

—¿Dónde le ha visto usted?

—¿Dónde le he visto? Pero si hay tanto como se quiera en el campo.¹

Se vio que este Chanchiachvili era un muchacho insignificante y se le dejó. Así fue como, después de haber pasado dos meses y medio en la cárcel, Kamó se hallaba de nuevo en libertad; pero le acompañaba un guardia para conducirlo a la comisaría de policía del distrito en que Chanchiachvili estaba domiciliado. Esto era peligroso, pues en la comisaría podían darse cuenta del cambio. Había que evitarlo. Tomaron un coche. En el camino, el joven, que parecía ser un muchacho muy correcto, comienza a rogar a su guardián que no lo comprometa a los ojos de los respetables burgueses, que le tomarán por un agitador político o por un ladrón si le ven en el coche en compañía de un guardia. Y apoya su petición con algunas monedas. Y después de haber ordenado severamente al cochero que se dirija directamente a la comisaría, el representante de la autoridad desciende del coche. El cochero sigue su camino, pero cuando llega a la comisaría comprueba la desaparición de su cliente, sin comprender dónde y cómo lo ha perdido. Esta evasión incomprensible y tan hábil de un individuo a quien nada amenazaba conmovió al puesto de policía. Se avisó a la cárcel. ¡Ya puede imaginarse la cólera y la indignación de las autoridades al comprobar su error!

¹ En georgiano, *kamó* es el nombre de una planta campestre.

III EN EL COMBATE

La provincia de Kutaisi está, de hecho, en manos de los revolucionarios; hay guarniciones en Poti, Ozurgueti y Kutaisi, pero no son lo bastante fuertes para restablecer la autoridad y asegurar el ferrocarril. No se podrá dominar la provincia de Kutaisi más que si se desembarca una división de infantería acompañada de artillería, y es del lado del mar de donde hay que asegurar el aprovisionamiento. Esta operación debe ser ejecutada antes de la primavera, porque es en la primavera cuando el movimiento revolucionario va a tomar una amplitud todavía mayor en la provincia y en las demás partes de la región.²

En estos términos apreciaba el alto representante del zar en el Cáucaso, conde Vorontsov-Dashkov, la situación en Georgia occidental en su informe al Ministro de la Guerra a fines de diciembre de 1905.

En aquellos momentos la gravedad de la derrota de la revolución no estaba todavía clara para ninguna de las dos partes; el gobierno no se había repuesto de su reciente pánico y se inclinaba a sobreestimar las fuerzas del adversario.

Pero la situación no tardó en aclararse y el gobernador general se creyó en el deber de «pacificar» la Transcaucasia comenzando por las regiones menos afectadas por el movimiento revolucionario.

Una expedición militar mandada por el general Alijanov-Avarski se dirige a Gori. El gobernador general le da órdenes de ser implacable y de exterminar a todas las organizaciones revolucionarias, a todos los que opongan la menor resistencia. La reacción crece y pasa a la ofensiva general.

Las organizaciones del Partido se ven de nuevo reducidas a mantener una vida subterránea, modifican su estructura, adoptan una nueva táctica adecuada a las nuevas condiciones caracterizadas por una victoria provisional de la contrarrevolución.

² Informe del general ayuda de campo, conde Vorontsov-Dashkov, al Ministro de la Guerra, del 31-XII-1905. Transcaucasia (*Crónicas de los acontecimientos, documentos y materiales*, p. 142).

Los mencheviques, desmoralizados por la derrota, propusieron en la conferencia de Kutaisi devolver al gobierno los 200.000 rublos expropiados a la tesorería de Kvareli. Pero esta proposición fue rechazada gracias a los bolcheviques y se decidió emplear este dinero en la compra de armas en el extranjero por medio del Comité Central del Partido.

Las tropas del general Alijanov restablecían el «orden» con los métodos elocuentemente descritos en 1920 por Kaliko-Dzhugeli, con la diferencia de que en aquella época no se les llamaba todavía *democráticos* ni estaban aún recomendados para uso general por Kautsky y la II Internacional.

Pero era igual. En Gori, en todas partes llameaba el cielo iluminado por el resplandor de los incendios. No solamente ardían los pueblecitos, sino también una capital de distrito, Ozurgueti.

Se exigía a la población que entregase las armas a las autoridades, que denunciase a los agitadores y a los desertores, que pagasen los impuestos por dos años y que diesen una nueva promoción de soldados para el ejército. Pero la población no se entregaba a nadie, ni devolvía más que armas inservibles. Los campesinos jóvenes y valientes se refugiaban en las montañas y desde allí acosaban a las tropas con ataques de guerrilla.

Se establecieron tribunales y los cosacos, de acuerdo con las órdenes del gobernador general, asesinaban sin piedad a todos los sospechosos.

Las organizaciones revolucionarias y los Comités del Partido fueron destruidos. Pero los Comités bolcheviques sufrieron menos que los otros, porque en los «días de libertad» habían conservado su estructura ilegal.

El trabajo del Partido se hacía en condiciones extraordinariamente difíciles. Kamó, que volvió a la acción ilegal, trabajaba como revolucionario profesional. Estaba obligado a rodear su actividad de las precauciones más minuciosas.

La ciudad era recorrida por patrullas que detenían a los transeúntes, a los viajeros sospechosos. En estas condiciones es donde la aptitud de Kamó para «reencarnar» le rindió sus mayores servicios. Conseguía disfrazarse de tal modo que ponía en

un compromiso a sus mismos camaradas, y gracias a cualquier ingenioso truco burlaba a los que le seguían.

Kamó no se turbaba nunca y sus gestos temerarios e imprevistos le sacaban frecuentemente de situaciones peligrosas. Un día, por ejemplo, se fue al teatro sin cambiar su aspecto exterior. En el pasillo encontró al director de la cárcel, que le reconoció. Con una encantadora sonrisa infantil en su rostro franco e intrépido, Kamó le aborda y le dice:

—Sí, sí; en efecto, soy yo.

Durante un instante los dos hombres se escrutan con la mirada; después el director le dice en voz baja y colérica:

—¡Váyase inmediatamente o le mando detener!

Kamó se veía obligado a llevar una vida literalmente de perro. ¡Cuántas veces durmió al aire libre, debajo del banco de un coche de tercera, en lugares infectos! Se quedaba sin comer, fingiendo que rezaba en un sombrío rincón de una iglesia armenia, en espera de una cita secreta. Había perdido el hábito del sueño e incluso cuando dormía guardaba una actitud que le permitía, a la menor alarma, ponerse en pie de un salto y escapar.

En este período se ocupó eficazmente del transporte de armas y organizó algunas evasiones. Entre otras, concibió y llevó a cabo brillantemente la evasión de treinta y dos camaradas.

Fue así: el castillo de Metekhi (antigua fortaleza construida por los reyes georgianos) alza sus muros en la escarpada orilla del Kurá. Está bañada por el río por dos lados; un tercer lado está costado por una calle, mientras sobre su cuarto costado se apoyan algunas pequeñas casas de la ciudad. En una de estas casas desembocó una galería subterránea por la cual, en plena noche, escaparon de la prisión treinta y dos camaradas.

Al mismo tiempo, Kamó tomaba una parte activa en la preparación del congreso de unificación (de Estocolmo) del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia.

Al poco tiempo se dirigió a Petersburgo para pasar allí varios meses. Sueña con ocuparse de cuestiones teóricas, porque no se siente bastante preparado en esta cuestión. Pero la hora de los estudios no había sonado todavía. A su alrededor la lucha era ardiente, se libraban violentas batallas contra el absolutismo,

hacían falta hombres. Se quería poner a Kamó en la brecha de la región industrial central, pero la conferencia de las organizaciones caucasicas del Partido, a pesar de las protestas de los mencheviques, le envían al extranjero para la compra de armas destinadas a la Transcaucasia.

Este servicio estaba confiado, en el extranjero, a un delegado especial del Comité Central, y el grupo de camaradas caucasicos al que se unió Kamó trabajó bajo su dirección.

Se compraron varios millares de fusiles, algunas decenas de ametralladoras, cartuchos y una buena cantidad de armas pequeñas.

Kamó, que inspiraba respeto a los vendedores, estaba bien al corriente de la técnica de las armas.

Era la primera vez que el Partido procedía a la compra de un gran stock de armas. Se tenía la intención de cargarlas en un vapor que se enviaría hacia el litoral turco del Cáucaso, donde acudirían los camaradas caucasicos en pequeños barcos de vela, a los que se transbordarían las armas en alta mar. El delegado general del Comité Central visitó casi todos los puertos de Holanda, de Bélgica, de Francia, de Italia y de Austria-Hungría, sin poder hallar un navío ni un capitán que osara encargarse del transporte de armas de contrabando con trasbordo en alta mar.

Además, era extraordinariamente difícil burlar la vigilancia de las autoridades aduaneras, que exigían la declaración del puerto de destino.

Finalmente, procediendo por descarte, fue preciso detenerse en Bulgaria. Pero aquí surgieron nuevas dificultades, porque desde Bulgaria las armas no podían ser expedidas directamente más que a Rusia. Toda la trama secreta se descubría. Al fin se halló una solución. Un representante del comité revolucionario macedonio (organización revolucionaria pequeño-burguesa) se encargó de obtener del gobierno búlgaro autorización para transportar las armas a Varna, declarando que pertenecían al comité macedonio y estaban destinadas a la Armenia turca para la preparación de una revuelta de los armenios contra el enemigo común, Turquía. La autorización fue obtenida, las armas se hallaban en Varna, pero también era preciso fletar un barco.

Entonces se compró, a un precio bastante modesto (30.000 francos), un pequeño yate que había hecho la travesía de América a Europa. Se hicieron algunas reparaciones y se adaptó el yate al transporte de mercancías. La tripulación debía venir de Rusia.

A fines del verano de 1906 todo estaba dispuesto para aparejar cuando surgieron dificultades de orden financiero.

Las compras de armas habían sido efectuadas por orden del Comité Central bolchevique, que suministraba regularmente el dinero necesario. Pero después del congreso de Estocolmo, en el que los mencheviques tuvieron la mayoría, el nuevo Comité Central confirmó el mandato anteriormente dado, pero los envíos de dinero comenzaron a ser muy irregulares.

El delegado general del Comité Central enviaba cartas y telegramas, pero las respuestas tardaban en llegar y las peticiones de dinero eran infructuosas.

Protestaba, maldecía, demostraba que el éxito del negocio dependía del envío de las armas en tiempo de calma, antes de las tempestades de otoño en el Mar Negro, etc. ¡Inútilmente! El dinero no llegaba, ni la tripulación que debía venir de Rusia.

Viendo que de aquel modo corrían el riesgo de fracasar, el delegado se vio obligado a ir a Petersburgo, donde, no sin esfuerzos, logró arrancar del Comité lo que todavía restaba del dinero caucasiano, muy disminuido.

Pero se había perdido la ocasión favorable. No se pudo hacer el cargamento hasta bien entrado el otoño. La tripulación enviada de Odesa no inspiraba gran confianza, pero era imposible reemplazar al capitán, poco seguro, por otro camarada. Además, la carga debía ir acompañada por militantes de confianza, entre ellos un revolucionario tan experimentado como Kamó.

Sea por culpa de la tempestad, o por inexperiencia del capitán, el yate naufragó cerca de la costa rumana. La tripulación se dispersó; en cuanto a las armas, los pescadores rumanos se las repartieron. Fue imposible salvar las armas porque la embajada rusa, informada de lo ocurrido, se apresuró a tomar medidas.

Después de este fracaso, Kamó, desesperado, pasó secretamente la frontera rumana. Esta excursión dio lugar a peripecias dramáticas; los viajeros perdieron la dirección y estuvieron a

punto de caer en manos de los gendarmes. A fines de 1906, Kamó volvió al Cáucaso.

En el verano de 1906 estallaron revueltas militares (Sveaborg [nombre sueco de Suomenlinna, en Finlandia], Kronstadt) que provocaron insurrecciones locales. A través de todo el país se libraron escaramuzas y batallas entre el Gobierno ultrarreaccionario y la población. Los tribunales militares funcionaban a pleno rendimiento. La crisis económica y política se agravaba y la lucha de clases se transformaba, en algunos lugares, en abierta guerra civil, con guerrillas formadas contra el gobierno.

En octubre de 1906, Lenin escribía:

La lucha de guerrillas es una forma inevitable de la lucha cuando el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y cuando se dan treguas más o menos prolongadas entre las «grandes batallas» de la guerra civil.³

Y explicaba inmediatamente el lugar que le corresponde a la guerra de guerrillas en el arsenal de los medios proletarios de lucha, y en qué condiciones el proletariado podrá utilizarla mejor para sus intereses. Decía:

Se dice que la guerra de guerrillas aproxima al proletariado consciente a la categoría de los hampones degradados y entregados a la bebida. Es cierto. Pero de aquí sólo se desprende que el partido del proletariado jamás puede considerar que la guerra de guerrillas sea el único método de lucha, ni siquiera el principal; que este método debe estar subordinado a los otros, debe guardar proporción con los métodos principales de lucha y estar ennoblecido por la influencia ilustrativa y organizadora del socialismo. Sin esta *última* condición, *todos*, absolutamente todos los métodos de lucha empleados en la sociedad burguesa aproximan al proletariado a los diversos sectores no proletarios, si-

³ Hemos sustituido el texto que aparece en el original por la traducción soviética oficial: LENIN, V. I.: *La guerra de guerrillas*; en *Obras Completas*, tomo 14, página 7. Editorial Progreso, Moscú, 1985. | N. de la E.

tuados por encima o por debajo de él, y, abandonados al curso espontáneo de los acontecimientos, se descomponen, se pervierten y prostituyen. (...) Si esto es así –y lo es sin ningún género de duda–, la socialdemocracia debe plantearse obligatoriamente la misión de constituir organizaciones que sean lo más idóneas posible para dirigir a las masas en esas grandes batallas y, hasta donde se pueda, en estas pequeñas escaramuzas. (...) La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones de suerte que obren efectivamente como *parte beligerante*, sin perder ocasión de causar daños a las fuerzas del adversario.⁴

Por consiguiente, los bolcheviques estimaban que las acciones de guerrillas, admisibles y útiles en esta etapa de la lucha contra el gobierno, debían ser controladas por el Partido y sometidas a la observación de condiciones de ideología y de organización estrictamente determinadas.⁵

La lucha de guerrillas tenía por objeto suprimir a los agentes del gobierno y los jefes activos de las centurias negras, expropiar los bienes del Tesoro para las necesidades de la revolución y, ante todo, para la insurrección.

De vuelta en Tiflis, Kamó entró en un grupo técnico clandestino que se proponía aumentar los recursos del Partido, organizar las evasiones, comprar y guardar armas, etc. El primer acto de este grupo fue la expropiación de Kutaisi en 1907, que dio a la caja del partido 15.000 rublos oro.

La policía encargada del asunto de la expropiación desplegó todo su celo por apoderarse de Kamó, pero el «bandido caucásico», como le llamaba burlonamente Ilich, permaneció inencontrable.

⁴ *Ibidem*, pp. 10, 11 y 12. | N. de la E.

⁵ Estas condiciones son enumeradas en el proyecto de resolución sobre las acciones de guerrillas sometidas a los bolcheviques, en el congreso de Estocolmo del Partido Socialdemócrata de Rusia en 1906. Helas aquí: 1) tener en cuenta el estado de espíritu de las masas; 2) tomar en consideración las condiciones del movimiento obrero de la región; 3) vigilar para que las fuerzas del proletariado no se malgasten inútilmente.

Todos los camaradas que le conocieron en esta época dicen que les asombraba su susceptibilidad en todo lo que se refería al dinero del Partido. A pesar de manejar grandes sumas, jamás se permitía gastar para sus necesidades personales más de 50 copecs diarios y daba la misma cantidad a cada uno de los miembros de su grupo de combate.

Todavía no se ha hecho un estudio completo de los trabajos de Kamó en el combate. Nosotros no hacemos más que citar algunas de sus hazañas, pero tomó parte en otras muchas expropiaciones y combates, organizó laboratorios para la fabricación de bombas, el transporte y conservación de armas, etc.

Al grupo de Kamó le faltaban armas y explosivos. Para conseguirlos, Kamó se dirigió a Finlandia. Necesitaba un pasaporte. Se lo dio la oficina de pasaportes organizada por el Comité del Partido de Kutaisi para el servicio de toda la Transcaucasia. Y, en muchos casos, hasta las organizaciones rusas se servían de esa oficina por el canal del Comité Central del Partido. Así, por ejemplo, casi todos los miembros del grupo socialdemócrata de la Duma tenían pasaportes de Kutaisi «por si acaso».

Esta oficina de pasaportes existió durante cuatro años, y fue descubierta por la traición de un provocador.

Para su viaje a Finlandia se entregó a Kamó un pasaporte a nombre del príncipe K. Dadiani, gran terrateniente y jefe de la nobleza del distrito. Kamó se instaló en un coche de primera clase, vestido con la *cherkeska* de oficial caucasiano. En Finlandia tuvo una entrevista con Lenin y volvió sin dificultad a Tiflis, con armas y explosivos.

Antes de partir para Petersburgo, Kamó visitó, como príncipe Dadiani, el alojamiento secreto alquilado para su grupo de combate, situado en una casa suntuosa y aristocrática. La dueña de la casa acogió respetuosamente al príncipe Dadiani, representante de una de las más ilustres familias de Georgia. Esta visita realzó el prestigio de los nuevos inquilinos y fue incluso una garantía contra la sospecha política.

¿Cómo organizar la expropiación en gran escala? Esta cuestión fue largamente discutida en el grupo. Cuando se guardaban grandes sumas de dinero en alguna institución, había siempre todo un vasto y complicado sistema de custodia. Era absoluta-

mente preciso hacer la expropiación durante el transporte del dinero, cosa de la que Kamó y sus camaradas se daban perfecta cuenta al examinar los detalles de su plan. Faltaba saber dónde y cuándo se haría el ataque.

Gracias a los enérgicos esfuerzos de Kamó, el grupo no tardó en recibir informes sistemáticos sobre las sumas depositadas en tal o cual establecimiento y su destino.

Muy pronto logró descubrir los tres principales caminos que seguía el dinero: a Julfa (había tropas rusas de ocupación en Persia), a Batumi (para las minas de Chiatura, etc.), y en el mismo Tiflis desde la casa de Correos a la sucursal del Banco de Estado.

Hubo tres tentativas consecutivas. La primera se abortó porque Kamó fue gravemente herido por el estallido de una bomba.

Se consiguió ocultar a la policía este suceso; un médico amigo le hizo entrar, con un nombre falso, en una clínica privada. Sé destrozó la carne de la muñeca izquierda y del antebrazo, y sufrió una quemadura grave de la que estuvo a punto de morir; un casquillo le alcanzó en el ojo izquierdo y se temía incluso una repercusión en el ojo derecho. Pero tenía una salud inquebrantable. Al cabo de unas semanas ya estaba de nuevo en pie. El ojo derecho estaba indemne; pero del ojo izquierdo no conservó más que la décima parte de su potencia visual. Tan pronto como estuvo en pie, se puso de nuevo al trabajo.

La segunda tentativa comenzó en buenas condiciones. Los miembros del grupo de combate se hallaban en el tren que transportaba el dinero, pero en el último momento hubo que renunciar a la expropiación; los guías que después de la agresión debían llevar a nuestros camaradas por senderos montañosos, conocidos solamente por ellos, huyeron llenos de miedo. Nuestros camaradas volvieron desesperados a Tiflis. En esta expedición habían gastado todos los explosivos y el dinero. Pero la misma noche de su regreso se supo que iban a transportar, de la casa de Correos al Banco del Estado, 250.000 rublos. Rápidamente se tomó la decisión que, al fin, fue coronada de éxito.

Al día siguiente, 23 de junio de 1907, aproximadamente a las diez de la mañana, Kurdumov, cajero del Banco del Estado, y el contable Golovnia, tomaron en la casa de Correos los 250.000

rublos y se dirigieron al Banco en dos coches y rodeados de dos guardias y cinco cosacos.

Las primeras explosiones no alcanzaron el coche en que iba el dinero; los caballos se desbocaron y se precipitaron hacia el Mercado de los soldados. Al final de la plaza de Eriván fue lanzada otra bomba, el coche se detuvo y Datiko, apoderándose de los sacos de dinero, huyó por la calle Veliaminovskaya.

¿Dónde estaba mientras tanto Kamó, el organizador y animador de la agresión? Vestido con un uniforme de oficial, pálido todavía, mal repuesto de sus heridas, había recorrido por la mañana la plaza, alejando al público con hábiles y misteriosas alusiones (su uniforme militar descartaba toda sospecha) para evitar toda inútil efusión de sangre. Kamó montó en un coche cuando sonaron las primeras explosiones. Tenía que tomar en este coche el dinero y transportarlo a un lugar seguro. Cuando desembocó, según el plan establecido, en la plaza procedente de la calle Galanovskaya, le pareció que el plan había fracasado una vez más.

—No importa, ahora hay que ayudar a los camaradas a salir de ahí antes de que lleguen las tropas.

Tal fue el primer movimiento de Kamó. Se irguió y comenzó a disparar su revólver, jurando y gritando como un verdadero militar y dirigió su caballo hacia la calle Veliaminovskaya. Allí tropezó por casualidad con Datiko, que llevaba los sacos del dinero. Kamó los llevó a casa de Mika Botcharidze, y de allí, cosidos en una colchoneta, se transportaron a un lugar menos peligroso, al gabinete de trabajo del director del Observatorio.

Cuando las tropas bloquearon la plaza no encontraron a nadie. Todos los que habían tomado parte en la expropiación, encargados de cambiar este dinero en el extranjero, fueron sorprendidos con cantidades poco importantes. Pero los gobiernos extranjeros se negaron a extraditarlos.

IV DETENCIÓN. SIMULACIÓN DE LOCURA

En agosto de 1907, Kamó fue a Berlín. Llevaba en el bolsillo un pasaporte a nombre de Mirski, agente de una sociedad de seguros. A principios de noviembre le detuvo la policía alemana. Le encontraron una maleta de doble fondo en la que había instrumentos para la fabricación de explosivos de una gran potencia. Un registro hecho en la habitación que ocupaba permitió a la policía encontrar una caja con armas y acumuladores para la preparación de explosivos a distancia.

Kamó sospechó que había sido víctima de un confidente; pero es posible que el motivo del registro fuese la imprudencia de un camarada en cuya casa se había encontrado la dirección de Kamó durante un registro policiaco.

Kamó fue encerrado en la *Kriminalgericht Moabit* [el Juzgado Penal de Moabit, distrito berlinés].

No hablaba alemán y fingía entender mal el ruso, lo que hacía muy difíciles los interrogatorios. Se permitió a un abogado, Oscar Kohn, que se pusiera en relación con el detenido. Hecho notable: desde la primera entrevista de estos dos hombres, que no tenían la posibilidad de entenderse, tuvieron el uno del otro una excelente impresión. Kamó presintió que podía confiar en Kohn y éste vio que se hallaba ante una personalidad original y atractiva, por cuya suerte se interesó vivamente. Llegaron a comprenderse bastante bien por medio de gestos, y así pudieron prescindir de la ayuda de un intérprete, cuyo concurso convenía evitar por prudencia.

Kamó fue acusado de terrorista-anarquista. El asunto tomaba mal aspecto. Había en su pasado dos evasiones [de prisión] y actos que merecían la pena de muerte. El proceso que iba a tener lugar en Berlín amenazaba con terminar entregándole en manos del gobierno ruso.

Kamó, de acuerdo con los consejos de Leonid Borísovich Krasin, que le envió una carta por medio de Kohn, comenzó a simular una locura furiosa.

Es sabido que, de todas las simulaciones, la más difícil es la del desequilibrio mental. Hay muchas formas de enfermedades

psíquicas y a cada una corresponden síntomas determinados y diversos aspectos de estos síntomas. Y es muy frecuente que todos los que quieren simular la locura furiosa, que exige una terrible tensión de fuerzas, no tarden en agotarse completamente, lo que les imposibilita para seguir desempeñando su papel.

La historia de la medicina legal conoce casos en que la aventura fue intentada por hombres armados de instrucción médica que, sin embargo, no pudieron llevar a cabo su penosa tarea.

Y es que, en un asilo de alienados, todo el ambiente ejerce una acción deprimente sobre el sistema nervioso y una tensión agotadora de la voluntad y de la atención, que no puede relajarse ni de noche ni de día y que conduce rápidamente a hacer perder al simulador el dominio y el control de sí mismo. Rara vez los más obstinados, los más tenaces, llegan a engañar a los médicos. Habitualmente, a las seis semanas, o dos meses todo lo más, el simulador es desenmascarado.

Después de lo que acabamos de decir, es evidente que la suerte de cualquiera que no hubiera sido Kamó se hubiera decidido en algunas horas, en algunos días.

Pero Kamó hizo el milagro de simular la locura durante cuatro años, sin dejarse sorprender un momento. Este esfuerzo no pudo ser realizado más que gracias a sus excepcionales cualidades. Tenía una salud a toda prueba, una abundante reserva de fuerzas físicas. Su sistema nervioso era de una potencia y de un temple magníficos. Pero, sobre todo, tenía una voluntad de hierro, llevaba en sí mismo un odio ardiente, intratable, contra sus enemigos políticos. Y de este odio sacó el valor necesario para soportar todos los sufrimientos, antes de permitir que triunfasen sus enemigos.

Tuvo no pocas veces que sacrificar su amor propio por la causa de la revolución, y todas las comedias que tuvo que desempeñar durante cuatro años fueron una terrible humillación para esta orgullosa naturaleza.

Desde el primer día de su ficticia enfermedad comenzó a armar escándalo, a gritar, a destrozar sus ropas, a tirar al suelo los platos llenos de comida, a pegar a los vigilantes. Se le encerró en una celda, una cueva donde la temperatura estaba bajo cero. Allí se le dejó, desnudo, durante nueve días.

Para no enfriarse, para no caer enfermo, tenía que estar siempre en movimiento, correr, saltar, sin concederse un minuto de tregua.

Al cabo de nueve días se le devolvió a su celda ordinaria, donde se le concedió una entrevista con Kohn, al que le hizo comprender hábilmente, con una seña imperceptible, que se encontraba perfectamente.

Kamó fue trasladado como loco furioso a la sección psiquiátrica del hospital por un período de prueba. Se accedió a la demanda de Oscar Kohn, que quiso ser nombrado tutor de este detenido loco furioso.

Esta prueba duró seis meses. Durante estos seis meses Kamó no se acostó, permaneciendo en pie día y noche. No descansaba más que poniéndose de cara a la pared y levantando sucesivamente una pierna tras de otra. Finalmente, se negó a tomar todo alimento; entonces se le alimentaba por medio de un tubo que se le introducía por el esófago, separándole a la fuerza las mandíbulas. En esta operación le rompieron varios dientes. Más tarde, Kamó afirmó que este régimen de alimentación lácteo (porque era leche lo que le hacían absorber) le había sido muy útil.

Nunca se agotaba su ingeniosidad, siempre tenía en reserva otras pruebas, a las cuales se sometía.

Un día se arrancó la mitad de su cabellera y la alineó en pequeños haces, simétricamente, encima de la cama. Al ver esto, los médicos y el vigilante lanzaron un grito de horror.

Otro día se colgó, previamente seguro de que la administración vigilaba. En efecto, fue arrancado indemne del nudo corredizo.

Una vez halló un huesecillo en su plato de sopa; lo afiló y por la noche se rompió las venas de su puño izquierdo. Cuando acudieron en su ayuda, se le detuvo la hemorragia y el moribundo recobró el conocimiento, se vio que toda la cama y hasta el suelo de la celda estaban inundados de sangre.

Es muy probable que los médicos creyeran que tenían que habérselas con un simulador y la larga prueba de estos seis meses lo testimonia. Pero el ver todos los sufrimientos que el detenido se infligía llevó a los expertos a concluir que «los rasgos

característicos de su conducta no pueden ser simulados mucho tiempo. Estas manifestaciones no pertenecen más que a un enfermo verdaderamente víctima de enajenación mental. Se trata, en este caso, de una forma de enfermedad psíquica que debe considerarse entre los aspectos histéricos de este mal».

A fines de junio de 1908, Kamó fue trasladado al asilo de dementes de Buch, cerca de Berlín, donde residió hasta marzo de 1909. Kamó tenía penosos recuerdos de su vida en este establecimiento, pero allí tampoco le abandonaron su buen humor y su intrepidez.

En el asilo de Buch se le instaló en una sala donde había diez locos furiosos. La vigilancia debía ser bien negligente, porque pasaban el tiempo mordiéndose, arañándose, pegándose unos a otros. Kamó tuvo que pasar varios días en esta agradable compañía, que no dejaba ser peligrosa y, después, fue instalado en una sección más tranquila. Pero también allí la estancia entre estos seres insensatos, a veces miserables, a veces cómicos, frecuentemente espantosos y siempre dispuestos a alguna escena imprevista y penosa, era una dura prueba. No había ninguna posibilidad de evasión y Kamó se esforzaba inútilmente en buscar y combinar; tuvo que renunciar a la esperanza de salir de allí.

Durante toda su estancia en el asilo de Buch, Kamó no se cansó de observar, de estudiar a los enfermos que le rodeaban. Había entre ellos un médico morfinómano que sus parientes habían dejado allí, porque para comprar la morfina no solamente se gastaba todo lo que tenía, sino que se procuraba dinero por cualquier medio. Este médico hablaba frecuentemente con aquellos de los enfermos más aptos para comprenderle, les daba a conocer las diversas formas de las enfermedades psíquicas, sus síntomas y rasgos característicos. Kamó trataba de retener todas estas explicaciones.

En marzo de 1909, la administración del manicomio de Buch anunció que el estado de salud del anarquista-terrorista Petrosian [Kamó], víctima de una enfermedad psíquica, era satisfactoria, que estaba absolutamente tranquilo y consciente y que podía incluso realizar diversos trabajos de horticultura.

Se reintegró a Kamó al depósito de la prisión de Alt-Moabit. Pero entonces hubo una «recaída» y esta vez fue un enfermo conforme a todas las reglas de la ciencia. El 16 de abril era de nuevo instalado en el manicomio de Buch.

Se simuló víctima de una enfermedad psíquica crónica, caracterizada por insensibilidad de algunas zonas de la epidermis. Es este un caso al que se le da el nombre de anestesia.

Kamó reprodujo a la perfección la expresión, los andares, los movimientos, el delirio, toda la conducta del enfermo.

Los médicos, intrigados, deseosos de descubrir los posibles artificios de este enfermo, le hacían sufrir pruebas crueles. Se le hundían alfileres entre las uñas, se le aplicaban al cuerpo puntas ardiendo, etc., etc.

Muchos años más tarde, Kamó conservaba todavía en la cadera una cicatriz procedente de una herida causada de ese modo.

Soportó con la mayor calma estas torturas, que fueron renovadas frecuentemente, sin gemir ni pestañear.

—Aquello apestaba a chamusquina —decía más tarde.

Los médicos y sabios profesores no habían jamás visto un hombre dotado de una sensibilidad normal soportar con tal estoicismo aquellos sufrimientos. De buena o de mala gana, a despecho de la reacción reveladora de las pupilas, tuvieron que reconocer que el individuo sometido a su examen era realmente víctima de la enfermedad cuyos síntomas manifestaba. (La sensación de dolor provoca en el hombre y en los animales superiores una dilatación de la pupila que es imposible frenar con un impulso de la voluntad.)

Tenemos, para informarnos de este trágico período, no solamente los recuerdos y relatos de Kamó y Oscar Kohn, sino también documentos, como las hojas clínicas de los hospitales donde Kamó fue examinado. Citaremos algunos extractos, porque caracterizan muy bien la atmósfera en que tuvo que luchar para conservar la vida:

7 de febrero de 1908. —Se ha entregado a violencias, se mantiene en un rincón; no responde.

10 de febrero. —Se ha desnudado. No responde. Rechaza todos los alimentos.

13 de febrero. —Suspira y gime. Rechaza la comida.

4 de junio. —Se pasea cantando.

19 de junio. —Se queja de dolor de cabeza. Repite frecuentemente: «cuando uno se muere, ya no vive».

23 de junio. —Se ha arrancado una parte del bigote, expresando el deseo de enviárselo a sus camaradas. Lloro frecuentemente; injuria a la policía berlinesa en ruso y en alemán, dice que le torturan inquisidores españoles.

29 de junio. —Traslado a Buch.

PREGUNTA: ¿Su nombre?

RESPUESTA: Simón Arshakovich Ter-Petrossov.

PREGUNTA: ¿Cuál es su religión?

RESPUESTA: Soy armenio, nuestra religión no difiere mucho de la ortodoxa.

PREGUNTA: ¿Ha habido en su familia casos de enfermedad psíquica?

RESPUESTA: En mi infancia era un ardiente patriota. Una tía, hermana de mi madre, era muy nerviosa.

PREGUNTA: ¿Qué enfermedades tuvo usted en su infancia?

RESPUESTA: Cuando era pequeño me gustaba mucho el vinagre y tosía mucho.

PREGUNTA: Diga usted el nombre de un río de Siberia que corre hacia el norte.

RESPUESTA: El Amur, el Tobol. Todo se me ha olvidado. Antes podía indicar en el mapa todo lo que se me preguntara, con los ojos cerrados.

PREGUNTA: ¿Cuántas provincias tiene Rusia?

RESPUESTA: No contesta.

PREGUNTA: Diga usted el nombre de una ciudad regada por el Volga.

RESPUESTA: Astracán.

PREGUNTA: ¿Cuántos habitantes tiene Rusia?

RESPUESTA: Dos millones. (Rompe a reír.) No, es una broma; tiene doscientos millones.

PREGUNTA: *¿Qué sabe usted de Catalina [II de Rusia, o Catalina la Grande]?*

RESPUESTA: *No quiero hablar de ese monstruo.*

PREGUNTA: *¿Qué sabe usted del zar Pedro el Grande?*

RESPUESTA: *Era un zar ruso.*

PREGUNTA: *¿Iba usted antes a la iglesia?*

RESPUESTA: *No, yo tengo un dios para mí y rechazo el dios policiaco. Mi religión es el Estado socialista. No creo más que en Carlos Marx y Federico Engels.*

Los hospitales y asilos de la región dependían de la *Armeen Direktion*. Esta institución, cediendo a la presión de la policía alemana, insistió en la entrega de Kamó a las autoridades rusas, con el pretexto de que el mantenimiento de este enfermo extranjero no debía ser pagado por el pueblo alemán. A pesar de las medidas tomadas por Oscar Kohn, a pesar de todos los esfuerzos que se hicieron para impedir que las autoridades entregasen Kamó a Rusia, se le puso en manos de los gendarmes rusos el 4 de octubre de 1909, en la estación de Wreschen-Strelkovo. Fue trasladado a Tiflis para ser juzgado allí por un tribunal militar y encerrado en el castillo de Metekhi.

Ante todo, se trataba de proteger a Kamó contra el peligro de una venganza inmediata y cruel del gobierno ruso. Kohn hizo aparecer en el *Vorwärts* [periódico del SPD] un artículo, del que se hizo eco la prensa liberal alemana; [Gustave] Hervé, a su vez, dirigió contra el gobierno alemán una violenta diatriba, reprochándole haber entregado a la Rusia reaccionaria, como criminal político, a un hombre manifiestamente loco. Se hizo mucho ruido y en estas condiciones era difícil, por muchas ganas que tuviese el gobierno ruso, colgar sin otra forma de proceso a este peligroso revolucionario.

Los dirigentes tuvieron que ocuparse del asunto, indudablemente no por piedad hacia el pobre enfermo, sino para evitar un gran escándalo político en Occidente. Estos temores hallaron su expresión en una carta del Ministro del Interior, Piotr Stolypin, al conde Vorontsov-Dashkov, gobernador general del Cáucaso.

Señor conde:

Por una carta fecha el 27 de abril de este año, número 42, el Ministro de Asuntos Extranjeros me informa de que la prensa democrática de Alemania se apasiona por la suerte del súbdito ruso Arshakov (alias Mirski y Ter-Petrossov), que va a ser juzgado en Tiflis por la agresión contra un transporte de fondos del Estado cometida en 1907.

Los órganos radicales *Vorwärts* y *Frankfurter Zeitung* atacan a la policía alemana por haber entregado a Mirski-Arshakov cuando salió de un hospital de enfermos psíquicos a las autoridades de nuestro país. Los ataques de que es objeto el gobierno alemán no dejarán de redoblar en violencia si Mirski es condenado a muerte, y el Ministro del Interior teme que esto tenga consecuencias molestas para los intereses rusos desde el punto de vista de la cuestión de la extradición de los anarquistas.

Aprovecho la ocasión para testimoniar a Su Excelencia mis respetuosos sentimientos,

P. Stolypin

7 de mayo de 1910, número 91.104.

V

LA EVASIÓN DEL MANICOMIO

Los testimonios de la enfermedad mental crónica de Kamó habían sido enviados a Tiflis. Estos documentos llevaban firmas ilustres y los médicos legistas del tribunal militar estaban obligados a tenerlas en cuenta.

El día de la audiencia la sala del tribunal y los pasillos que conducían a ella estaban repletos de gente. Tiflis se había puesto en movimiento. Todo el mundo quería ver al famoso héroe nacional, al que tanto había luchado por la clase obrera. Pero ¡ah!, el espectáculo era desconsolador. Flaco, vestido con una blusa de hospital toda destrozada, con el rostro demacrado y grandes ojos cuya mirada erraba de una parte a otra sin reconocer a nadie. Kamó parecía infinitamente desgraciado. Mucha gente lloraba.

Se le hizo entrar en la sala y avanzar hacia la mesa donde se instalaron majestuosamente los jueces. Él no hacía caso a nadie. Sacó de su bolsillo al gorrión Vaska, al que había domesticado durante su estancia en la enfermería de la cárcel y le dejó que paseara sobre la mesa. Se le hacen algunas preguntas, pero no responde; le da miguitas a su gorrión. Poco después levanta la cabeza y tiende un pedazo de pan a uno de los jueces, con una sonrisa idiota.

Esta escena produjo una penosa impresión en el público. La tía Lisa y las hermanas del acusado estaban allí y se persuadieron de que su querido Kamó había perdido la razón.

Se hizo salir al acusado. El tribunal militar juzgó necesario someterle a nuevas pruebas en la sección de psiquiatría del hospital de la cárcel de Metekhi. Allí permaneció un año y cuatro meses. (Las pruebas fueron, poco más o menos, las mismas que en Berlín.)

Las hojas clínicas de este período muestran el curioso cuadro siguiente:

El individuo ha sido conducido del castillo de Metekhi a la sección, con escolta, el 21 de diciembre de 1910, y con grilletes en los pies. Llevaba en la mano un pájaro al que llamaba Pedrito y del que no quería separarse. El individuo es de mediana estatura, parece haber estado alimentado de manera satisfactoria, su rostro tiene una expresión pasablemente estúpida, apática, las respuestas a las preguntas que se le dirigen son incoherentes, no parece comprender dónde se halla, ni por qué razón. Ha sido colocado en una habitación aparte. El pájaro le ha sido recogido.

23 de diciembre. —El individuo está tranquilo, apático. Tiene una fuerte disminución de la sensibilidad de la piel, algunas zonas han perdido completamente el sentido del dolor. Cuando los músculos se contraen fuertemente el sujeto no siente ningún dolor y, de una manera general, se muestra completamente indiferente a la investigación a que se halla sometido.

24 de diciembre. —El sujeto va y viene durante todo el día en su celda, canta, silba, se ocupa de llenar de tabaco cartuchos de cigarrillos, no se interesa por nada. Ha pedido al mé-

dico de servicio que le dé un libro en el que se trate de la guerra; se le ha dado, pero no le lee.

Cuenta que tiene cuatro millones enterrados en las afueras de Tiflis, pero se niega a descubrir su escondite. Por la noche permanece mucho tiempo sin poder dormir, da vueltas con agitación, se queja, entre otras cosas, de que le hayan separado de su gorrión Pedrito. Pide que se lo devuelvan porque quiere hablar con él de un asunto muy importante.

5 de enero. —Durante la visita médica de la mañana, el sujeto ha declarado al médico que vienen a verle a su celda muchos jóvenes —hombres y mujeres— que le inquietan y turban su reposo. Pide al médico que tome medidas, porque de otro modo se encargará él mismo de arreglar cuentas con ellos. Por el día, va y viene en su celda silbando, se muestra alegre, fuma mucho, no parece inquietarse lo más mínimo de verse en la sección de locos. Al contrario, sus grilletes le entretienen: los hace sonar para acompañarse cuando canta. Ha comido. No ha dormido en toda la noche.

9 de enero. —El sujeto se muestra nervioso, no está quieto un momento, canta, silba, dice que cantando bien llama a sus pájaros, a los que quiere mucho y que le comprenden perfectamente. Se calla un momento para reanudar enseguida sus canciones y volver a pasear por su celda. Por la noche se mete en la cama, pero permanece toda la noche sin dormir. Pretende que está absorbido por el establecimiento del presupuesto de la guardia de combate que ha organizado y que se halla en las afueras de Tiflis. No lee libros, ni periódicos y, en general, no le interesa nada.

13 de enero. —Humor triste, parece deprimido, a veces empieza a sollozar, gime, suspira, habla frecuentemente de la muerte. «Mis guardias de combate han sido aplastados por los bandidos que me tienen encerrado aquí. Ya no vale la pena vivir. Yo debía vivir más de cien años, pero ahora estoy dispuesto a morir.»

21 de enero. —Humor desigual, tan pronto triste como alegre. Pasa el día en su celda, canta, silba, se habla a sí mismo, prepara cigarrillos, aplasta miga de pan para modelar animales, se acuesta pronto, pero está mucho tiempo sin dormir, murmurando. Fuma.

2 de marzo. —El sujeto está tranquilo. Ha dicho al médico que iba a atravesar Siberia en un [Citroën] 10 H.P. para dirigirse a América, que había entre Siberia y América un río cubierto de hielo. Se ha asombrado de que hayan sabido su nombre, que han pronunciado en voz alta; lo ha oído a través de la pared: «He oído claramente una voz de mujer que pronunciaba mi nombre».

Llegado el término del período de prueba, Kamó fue trasladado al hospital psiquiátrico de Mijáilovski. Los médicos de Tiflis le declararon incurable. Y allí fue donde Kamó concibió y puso en práctica su proyecto de evasión.

Se puso en relación con el mundo exterior por medio de un joven guardián de la prisión, Juan Braguin. Éste había sido conquistado por el encanto que se desprendía de toda la persona de Kamó y por la aureola que rodeaba su nombre. Este guardián sirvió de intermediario para la transmisión de las cartas que se enviaron Kamó y Kote Tsintsadze, que dirigió la evasión, activamente ayudado por la hermana preferida de Kamó, Dzhi-vaira.

Poco a poco, Braguin se transformó en huésped habitual de las hermanas de Kamó, que influyeron fuertemente en su decisión de intervenir en la organización de la fuga.

En cuanto a Kamó, con la lealtad y la elevación de alma que le eran peculiares, advirtió desde el comienzo a Braguin de todos los riesgos que corría haciéndose cómplice suyo. Cualquiera que fuese el resultado de la tentativa, Braguin no podía esperar salir bien parado del asunto. No se puede creer que le tentase el dinero (algunos centenares de rublos) porque, de haber traicionado a Kamó, Braguin hubiera podido hacer seguramente una brillante carrera.

La sección psiquiátrica del hospital Mijáilovski está situada a orillas del Kurá, no lejos del puente Vereisky. La ventana del retrete del piso superior, provista de una reja de hierro como las demás ventanas del hospital, da sobre el río. Por allí era por donde había que fugarse y para eso era preciso hacerle unas pequeñas manipulaciones a la reja.

Kamó se puso al trabajo. El personal no se asombró de la prolongada y frecuente ausencia de Kamó en aquel sitio. Todos los que hayan custodiado locos conocen su costumbre de entregarse durante horas a ocupaciones repugnantes y solitarias. Kamó había estudiado las costumbres de estos desgraciados y desempeñó tan bien su papel que nunca fue sorprendido. Y en los minutos libres de control, con la ayuda de una pequeña lima que le había llevado Braguin, limó la reja de la ventana. Este trabajo duró tres meses.

El día fijado para la evasión, Tsintsadze envió a Kamó un pastel en el que había metido un soporífero para adormecer a sus guardianes.

A la hora en que todo el hospital, aplastado por el tórrido calor de un día de verano, se hallaba sumido en la pereza de la siesta, Kamó se libró de sus grilletes, previamente limados, cambió de ropas poniéndose las que Braguin le había llevado y, a una señal convenida enviada desde el otro lado del Kurá, sale por la ventana del retrete y descende por medio de una cuerda. Pero la cuerda está vieja, se rompe, y Kamó cae desde una altura de tres metros y medio sobre un montón de piedras. Se levanta rápidamente, atraviesa un brazo del río para llegar a un banco de arena que le permite llegar al puente y, por fin, a la orilla, donde Kote le recibe para conducirlo a la habitación preparada de antemano.

Algunos días más tarde, Kamó era conducido a otro refugio más seguro, una casita rodeada de viñedos en la montaña. El dueño de la casa era un antiguo funcionario, un personaje original que llevaba una vida retirada y que inspiraba una absoluta confianza. Aparte de él y de Kamó, no había nadie en los alrededores.

Kamó pasó allí un mes. Antes de partir, preocupado por evitar a su huésped cualquier molestia, Kamó hizo desaparecer cuidadosamente, metódicamente, todas las huellas de su estancia en la casa. Pero el secreto había sido bien guardado y el propietario no fue molestado.

Informado de la evasión, el procurador militar se puso furioso; dirigió una severa amonestación al médico-jefe del hospital, que invocó, para justificarse, la extraordinaria habilidad de este

simulador, que había conseguido engañar hasta a los sabios profesores de Berlín. Pero, como quiera que fuese, el preso se había escapado y se trataba de pescarle. Se pusieron en práctica, para lograrlo, todos los medios posibles. La ciudad fue sitiada, y se estableció un riguroso y complicado control en las estaciones y en las puertas de la ciudad.

Pero no hay vigilancia que no pueda ser burlada. Todos los días, en una calle que desembocaba en la carretera de Mtskheta, se veía aparecer un pequeño grupo de escolares y de muchachas en bicicleta. Los soldados de la guardia podían distraerse observando las evoluciones de estos jóvenes. A veces, uno de los ciclistas se olvidaba y pasaba el límite. Se le hacía volver a gritos: «Atrás, está prohibido».

Una escena que se ve repetirse todos los días acaba por aburrir la atención. Los soldados no se ocupan ya de los ciclistas, y cuando un día, uno de los cinco, después de pasar el límite reglamentario, desaparece en una curva de la carretera y vuelven a la ciudad solamente cuatro, nadie presta atención.

Disfrazado de colegial, Kamó corre hacia Mtskheta, donde es acogido esta vez también por Kote.

Hay una fiesta en el pueblo, se celebra una boda y los huéspedes que vuelven de las viñas del Señor recorren las calles cantando y bailando al son de sus instrumentos nacionales.

La costumbre autoriza a cada invitado a llevar un amigo. Kamó cambia su vestido de colegial por el traje nacional, y vedle ya entre la multitud regocijada. Por la noche, los invitados se dispersan, muchos de ellos se dirigen en grupos a la estación. Kamó sube sin dificultad en un coche y parte para Batumi. Un último obstáculo que vencer: se trata de introducirse a bordo de un barco sin ser visto, y de llegar a un puerto extranjero. Un grupo de militantes de Batumi oculta a Kamó, con la ayuda de los marineros, en la cala del navío, entre las cajas y los barriles, y así escapa a la mirada escrupulosa de los gendarmes.

Kamó se dirige a París para celebrar una entrevista con Lenin y ponerse al corriente de la situación creada durante los años de su reclusión. Lenin le informa.

Krúpskaya describe así la visita que les hizo Kamó:

Kamó me rogó que le fuese a comprar almendras. Instalado en nuestra sala-cocina parisién, comía sus almendras como si estuviese en su pueblo natal y nos contaba su detención en Berlín, sus años de simulación, nos hablaba de su gorrión domesticado, que le distraía en la cárcel.

Lenin le escuchaba con un sentimiento de infinita piedad por este hombre intrépido, ingenuo como un niño, de ardiente corazón, dispuesto a realizar los mayores actos de heroísmo, y que, ahora, una vez evadido, no sabía qué trabajo emprender.

Hacia fantásticos proyectos de trabajo. Lenin no le objetaba, trataba de hacerle imperceptiblemente volver a las cosas de la tierra, le hablaba de la necesidad de organizar el transporte de la literatura del Partido, etc.

Finalmente, se decidió que Kamó debía ir a Bélgica para operarse. Bizqueaba y los confidentes podían reconocerle fácilmente, y luego pasaría al sur de Rusia y al Cáucaso.

Ilich [Lenin] examinó el abrigo de Kamó y le preguntó: «¿No tiene un gabán de más abrigo? Porque paseando en el puente del barco va usted a sentir frío». El propio Ilich, cuando viajaba en barco, iba incansablemente en el puente de un lado a otro. Cuando supo que Kamó no tenía otro abrigo, le trajo su abrigo gris, bien forrado, que su madre le habla regalado en Estocolmo y que le gustaba mucho. La conversación con Ilich, su cordial acogida, calmaron un poco a Kamó.⁶

VI

DETENCIÓN EN TIFLIS. TRABAJOS FORZADOS

Kamó no pudo vivir mucho tiempo en el ambiente del Occidente pacífico. La atmósfera de la vida de emigrado no le convenía. Tenía sed de trabajo, de lucha, no se creía vencido y quería continuar combatiendo con las mismas armas.

Al cabo de algunos meses, con su salud más o menos restablecida, volvió Kamó de nuevo al Cáucaso.

⁶ Cfr. KRUPSKAYA, N.: *Mi vida con Lenin*, pp. 176-177. Editorial Madrágora, Barcelona, 1976. | N. de la E.

Halló el movimiento revolucionario en una nueva etapa; la reacción no estaba todavía vencida, pero se advertía ya un impulso revolucionario; la clase obrera se levantaba vigorosamente para una nueva lucha, estallaban en todo el país huelgas generales, como los relámpagos que iluminan el cielo antes de la tormenta.

La matanza de obreros de Lena, en abril de 1912, encendió de indignación el corazón de millones de trabajadores y fue el punto de partida de un nuevo movimiento obrero de masas, enriquecido con la experiencia de las victorias y las derrotas sufridas.

En esta época los bolcheviques habían fortalecido sus filas por medio de una enérgica lucha contra los conciliadores de toda clase; habían roto todo lazo orgánico con los oportunistas en la conferencia de Praga, en enero de 1912, y se habían constituido en Partido independiente.

Al mismo tiempo, el Partido agrupaba a su alrededor, bajo su dirección, a la mayoría de la clase obrera, aplicando hábilmente la táctica de las formas ilegales de lucha, combinadas con la utilización de todas las posibilidades legales, comenzando por la tribuna de la Duma, por la conquista de todos los sindicatos y de todas las demás organizaciones obreras legales, y terminando por la creación de un periódico bolchevique legal.

Las nuevas formas de lucha hacían surgir del seno de las masas nuevos militantes. La clase obrera había dado numerosos nuevos cuadros al Partido bolchevique, pero, sin embargo, no era fácil hallar hombres para la acción de combate, porque el movimiento de masas que se había difundido ampliamente no había llegado, sin embargo, a su punto culminante, a la insurrección armada, a la guerra civil abierta. Kamó se vio obligado, pues, a buscar combatientes, ante todo, entre sus antiguos compañeros de armas. Pero quedaban pocos: unos habían abandonado la acción revolucionaria, otros habían muerto, otros estaban en el destierro o en la cárcel.

Kamó recluta camaradas jóvenes que no tenían la experiencia de la lucha de guerrillas. Con ellos organiza, en septiembre de 1912, en la carretera de Kodori, una agresión contra un coche postal cargado de dinero. Fracasó el hecho y Kamó fue encerra-

do de nuevo en el castillo de Metekhi. Poco tiempo después es condenado a la pena capital. ¡Cuatro condenas de muerte! Una por haber tomado parte en la insurrección armada de 1905, otra por la expropiación de la plaza de Eriván, la tercera por la evasión del hospital de Mijáilovski y la cuarta por el intento de expropiación de la carretera de Kodori. Como siempre, el veredicto tenía que aplicarse al cabo de un mes. Jamás Kamó estuvo tan tranquilo, alegre y despreocupado como aquel mes.

El camarada Tsintsadze estaba también encerrado en el castillo de Metekhi con Kamó. Tsintsadze pudo hacerle llegar una carta en el hueco de una vela. Kamó respondió con esta nota:

He encontrado la carta. Estoy resignado ante la muerte, absolutamente tranquilo. La hierba podrá muy bien brotar a seis metros de altura sobre mi tumba. Uno no puede escapar eternamente de la muerte. Pero probaré mi suerte una vez más. Mira a ver si te es posible preparar una evasión. Tal vez podamos burlarnos una vez más de nuestros enemigos. Estoy encadenado. Haz lo que consideres. Estoy listo para todo.⁷

Pero todos los proyectos de evasión resultaron irrealizables.

Sin embargo, la salvación llegó, aunque de una manera muy difícil de prever.

Estábamos en vísperas del 300º aniversario de la dinastía de los Románov y el manifiesto imperial conmutó la pena de muerte pronunciada contra Kamó por veinte años de trabajos forzados.

Kamó fue trasladado, en 1915, al presidio de Járkov, donde se le puso con los presos comunes. El régimen que reinaba allí era espantoso. Los prisioneros hacían todos los días largas horas de trabajo forzado: costura de vestidos, de ropa blanca, confección de calzados. Kamó se vio obligado a vivir en la sociedad de representantes típicos del mundo de los «miserables». Se producían penosas escenas en el taller y en el patio, que testimoniaban las brutales costumbres de la cárcel.

⁷ Traducción mejorada siguiendo la versión inglesa. | N. de la E.

Por otra parte, se podía temer, en cualquier momento, una colisión entre Kamó y la administración, porque, indudablemente, hubiera respondido a cualquier insulto con un golpe mortal, cuyas consecuencias se adivinan fácilmente.

Los presos no tardaron en tomar estimación por Kamó. Le llamaron el «Gran Juan». Este «título» hacía menos penosa su situación. Para evitar los conflictos con la administración, Kamó salía siempre descubierto, incluso en los grandes fríos, para no tener que negarse a quitarse el sombrero delante de los «jefes» y evitar, al misino tiempo, esta humillación.

Tenía una continencia alerta y alegre durante las raras entrevistas que tuvo con sus parientes; pero sus ojos descubrían la huella de una tristeza insondable. Se advertía bien que el presidio le mataba. Hasta parecía que su lucidez y buen sentido, tan sólidos siempre, le abandonaban, porque comenzaba a fabricar proyectos fantásticos de evasión. ¡Quién sabe el desenlace que hubiera tenido este martirio, si la revolución no hubiera roto los hierros de la prisión de Kamó!

VII ÚLTIMOS AÑOS

La revolución de febrero le aportó a Kamó la libertad; pero también penosas pruebas. Después de residir en Moscú, en Petrogrado, después de lanzarse en el impetuoso torbellino de la vida política, Kamó tuvo, por primera vez, conciencia de la inmensa brecha abierta en sus fuerzas. Se sentía enfermo, herido, había perdido el gusto de vivir y se necesitaron las insistentes instancias de Lenin para obligarle a cuidarse.

Su estancia en las aguas del Cáucaso le repone, su admirable organismo se vivifica al sol del mediodía.

Los largos años de intenso trabajo clandestino en los sectores de combate más importantes, en la acción del Partido, no permitieron a Kamó adquirir conocimientos teóricos, llenar las lagunas de su modesta instrucción general. La prisión, que fue una especie de universidad para muchos militantes de la acción ilegal, no le dio nada sino inauditos sufrimientos. Pero, sin em-

bargo, un justo instinto revolucionario de clase y un espíritu claro y despierto permitían a Kamó orientarse correctamente, en general, en los acontecimientos políticos del día.

Se le ofrecieron elevados puestos, pero los rechazó siempre; su modestia era muy grande, y, además, estaba seguro de no estar lo suficientemente preparado para dirigir en las complejas condiciones del desenvolvimiento de la revolución proletaria en nuestro país.

Kamó, que había cumplido siempre brillantemente las misiones que el Partido le había confiado, parecía de pronto no estar muy seguro de sí mismo. Se adaptaba difícilmente a las nuevas relaciones, a los nuevos métodos de trabajo.

Incluso en el frente de la guerra civil no lograba hallar una ocupación a su gusto, capaz de darle el sentimiento de ser tan indispensable, tan irremplazable como en otro tiempo. Por eso se sentía siempre atraído hacia las antiguas formas de lucha, hacia la aplicación, en las nuevas condiciones, de los antiguos métodos de acción ya experimentados.

En 1919, durante el avance de Denikin sobre Moscú, Kamó recibió autorización del C. C. del Partido para reclutar un grupo de combate y operar en la retaguardia de Denikin. Escogió cuidadosamente a sus compañeros, les hizo pasar toda clase de pruebas, trató de conocer de cerca a cada uno de ellos y terminó por tener un grupo de combate bien constituido. Se hizo seguir a estos combatientes un curso sumario destinado a habituarles a la acción ilegal, a enseñarle el manejo de explosivos, a ejercitarles en la fabricación y manejo de bombas.

Kamó tuvo largas entrevistas con sus camaradas, les enseñó los «secretos» de la acción de los grupos de combate y les contó en el camino episodios de su experiencia revolucionaria que los jóvenes escucharon encantados.

El grupo se aprovisionó de accesorios para disfrazarse, de ropas, de afeites y se dirigió a Bakú pasando por Astracán.

En Astracán se equipó un sólido barco de pesca, que se cargó de armas, de fusiles, de ametralladoras, de cartuchos y se dieron a la mar en su velero, arriesgando en cualquier momento encontrarse con algún barco de guerra de Denikin.

La travesía se hizo sin dificultad y los miembros del grupo, llegados a Bakú, se dispersaron por los barrios obreros cambiando de domicilio de vez en cuando para sustraerse al ojo inquisidor de la policía.

Les estaba prohibido hacer ningún trabajo de propaganda en su retiro subterráneo. Kamó les prohibió también aparecer en la calle; la mayor parte de ellos no conocían la vida local y corrían el riesgo de ser detenidos a la menor imprudencia.

Mientras tanto, el Ejército Rojo había ocupado Rostov y se disponía a atacar Armavir. La principal tarea del grupo, desorganizar la retaguardia de Denikin, era imposible de realizar porque éste se había replegado sobre Novorosiisk.

Pero Kamó no quería renunciar al objeto que se había propuesto. Condujo con él un pequeño grupo de cuatro hombres y decide llegar con ellos a Novorosiisk, pasando por Georgia y el Mar Negro.

Kamó se atribuyó el nombre del príncipe Tsulukidze. Una soberbia *cherkeska* (ropa usada en el Cáucaso), botas caucásicas de flexible cuero, un gorro de lana de oveja guarnecido de adornos de oro en forma de cruces, una barba magistralmente colocada, le aderezaban un aspecto majestuoso e imponente.

Después del tercer toque de campana los gendarmes hicieron parar el tren y detuvieron a todos los hombres morenos que podían parecerse a Kamó. Pero el príncipe Tsulukidze no inspiró ninguna sospecha y el jefe del puesto de la gendarmería incluso le presentó sus excusas por el retraso del tren. Kamó partió para Tiflis, pero, deseoso de burlar a la policía, se bajó en la primera estación y regresó a Bakú.

El gobierno menchevique de Bakú había olfateado este viaje. Kamó y sus camaradas fueron detenidos a la bajada del tren, en Batumi, y encarcelados en el castillo de Metekhi, tan familiar para Kamó. Encerrado en una húmeda celda, contrajo una inflamación del nervio ciático.

Los presos no fueron libertados hasta dos meses más tarde, con la condición expresa de que abandonaran Georgia en veinticuatro horas.

La expedición a Novorosiisk ya no era posible y Kamó volvió a Bakú. Las victorias del Ejército Rojo habían mejorado sensi-

blemente la moral en los barrios obreros. El Comité regional decidió utilizar el grupo de combate para la preparación de una insurrección, de un golpe de Estado bolchevique. Kamó recibe la misión de organizar grandes grupos haciendo entrar en ellos a la juventud obrera. Confió la dirección a los miembros de su grupo de combate, encargados de enseñar a los nuevos reclutas el arte de la insurrección.

Esto era, para él, la resurrección de su vida de antaño, con todas las sensaciones que da una actividad desbordante. No tenía un momento libre, estaba en todas partes, no se le escapaba nada y estaba al corriente del trabajo de cada radio, tan bien como el militante a quien le correspondía. El aprendizaje daba buenos resultados, pero no había bastantes armas. Se arregló este asunto por medio de algunas barcas cargadas de ametralladoras, de fusiles, de granadas y de cartuchos que se hicieron venir de Astracán.

Cuando el gobierno *musavatista*⁸ lanzó su manifiesto llamando a la población, «a los obreros y a los ciudadanos» a defender la ciudad de Bakú contra el Ejército Rojo, se distribuyeron armas a los obreros. Se comenzó por darles a los grupos de combate organizados por Kamó y después a los obreros de las fábricas.

En la noche del 23 de abril de 1920, los miembros del gobierno *musavatista* huían para refugiarse en Georgia. Al despuntar el día, el parlamento y la casa del gobernador eran ocupados, se desarmó a algunos cuerpos militantes hostiles sin disparar un solo tiro y se izó la bandera roja en los cañoneros Kark y Ardogán, que eran los más fuertes navíos de guerra del mar Caspio.

⁸ Gobierno contrarrevolucionario del partido burgués turkmeno federalista [*Müsavat*]. Primero adoptó una orientación turca; más tarde, como Turquía capituló ante Inglaterra, invitó a los imperialistas ingleses a Bakú. En 1920, el Gobierno respondió con una negativa a la proposición del gobierno soviético de atacar a Denikin, y cuando las tropas de Denikin se batían en retirada ante el Ejército Rojo y pasaban la frontera de Azerbaiyán, hallaron un refugio entre los *musavatistas*.

Al día siguiente llegaron trenes blindados y dos días más tarde la caballería de Budionni.

Después del golpe de Estado, el C. C. del Partido Comunista de Azerbaiyán disolvió el grupo de combate.

Kamó volvió a Moscú y decidió realizar, por fin, su sueño de tanto tiempo: instruirse. Siguió el consejo de Lenin y comenzó a estudiar para entrar en la Academia general del Estado Mayor. Pero no pudo poner en práctica su proyecto. Pereció de una manera imprevista, en un accidente.

Barón escribe en sus memorias:

El día que debía serle fatal, el camarada Kamó se había retrasado en su cuarto de trabajo. Hablábamos del pasado. El trabajo indispensable en las cuestiones económicas no le satisfacía. Estaba hecho para las tormentas revolucionarias. Quería tomar parte en la preparación de la revolución en cualquier país de Oriente o de Occidente. «Me reservo para esta tarea –decía justamente– aunque tenga que vivir y luchar todavía cien años. Porque me vigilo, no bebo vino, evito las noches de insomnio. He guardado intactas mis fuerzas, mi salud. ¿Qué es lo que me impedirá vivir?» ¡Quién hubiera pensado que este hombre, este verdadero héroe revolucionario que había resistido las más horribles persecuciones y había conservado su vigor y su salud, iba a morir algunas horas más tarde en un accidente banal!⁹

El 14 de julio de 1922, a las once de la noche, Kamó bajaba en bicicleta la rápida pendiente de la calle Vereyskaya. Al oír a lo lejos la bocina de un automóvil, Kamó, que veía mal de un ojo, hizo un falso movimiento y cayó desgraciadamente sobre una piedra puntiaguda que le alcanzó el cerebelo. Dos horas más tarde, Kamó expiraba a causa de una hemorragia cerebral, sin haber recobrado el reconocimiento.

⁹ No hemos localizado la referencia. Seguramente pertenezca al libro de Barón Bibinieshvili *За четверть века: Революционная борьба в Грузии (Durante un cuarto de siglo: la lucha revolucionaria en Georgia)*. | N. de la E.

El proletariado de Tiflis hizo a su héroe, tan popular y tan querido, grandiosos funerales seguidos de un inmenso cortejo de trabajadores.

Se ha escrito, y habrá de escribirse todavía mucho más, sobre Kamó. Representaba admirablemente el tipo de militante de combate del Partido, del revolucionario dotado de excepcionales cualidades de intrepidez y presencia de ánimo. Era uno de los mejores representantes del movimiento de guerrilleros de la primera revolución rusa.

Ejercía sobre sus compañeros una inmensa influencia y su grupo de combate fue siempre una potente arma en manos del Partido.

En Kamó se unían felizmente una loca audacia, fanatismo revolucionario, altas cualidades morales, una voluntad de hierro y el espíritu disciplinado de un miembro probado del Partido.

